



EL OCASO DE MI INFANCIA

Jon Saunter

EL OCASO DE MI INFANCIA



Primera edición: abril 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jon Saunter

ISBN: 978-84-19748-40-9

ISBN digital: 978-84-19748-41-6

Depósito legal: M-9155-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002, Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Capítulo I: La vida al aire libre

Cuando yo era un niño, antes de que me fuera de casa junto a mis padres, vivía en un apacible pueblo minero pegado a los Cárpatos orientales interiores, al norte de Rumanía, en el que me encuentro ahora mismo mientras escribo esta historia. Disfrutaba de mi infancia como cualquier otro niño que crece en un pueblo cerca de las montañas donde no suelen ocurrir muchas cosas que merezcan siquiera una columna en un periódico local. No obstante, aquello era suficiente para mí. Desconocía lo que era la avaricia, el anhelo, y tampoco la ambición, pues no tenía tal cosa: tan solo sueños. Aunque recuerdo mi infancia con todo lujo de detalles, nunca se me pasó por la cabeza la idea de que me pudiera ir de aquí en algún momento de mi vida. Desconozco si mis amigos se hacían esas preguntas, pero lo cierto es que las dudas existenciales no me atormentaban. Tan solo sabía que me gustaba trepar por los árboles, hacer fuego y explorar los campos y los bosques que rodeaban nuestro pueblo. Para mí no existía otro mundo detrás de aquellas montañas, y tal vez ahora me encuentre viviendo aquí de nuevo porque sigo pensando lo mismo.

No pretendo idealizar mi infancia, en absoluto, pues recuerdo tanto las cosas buenas como las cosas malas de las que fui testigo. Pero cada vez que regreso a ella, en sueños o con los ojos abiertos, me parece la época más hermosa que he vivido. Y sé que soy de los pocos que puede decir esto, sobre todo ahora que el mundo se ha vuelto del revés y los niños ya no disfrutan de la infancia tal y como debería ser. Pero no me preocupó mucho ya por esas cosas.

Tengo setenta y cinco años y hace tiempo que aprendí a resignarme y vivir mi vida al ritmo de mi reloj interno. Sin embargo, a mi avanzada edad, nunca dejé de viajar a mi infancia, quizás con la intención de quedarme allí ante la insatisfacción que me provocaba el mundo a mi alrededor conforme estaba creciendo. Toda aquella experiencia fluye por mis venas a día de hoy, y al cerrar los ojos soy capaz de abandonar mi cuerpo y todas las leyes finitas que lo componen, para realizar un viaje de ida y vuelta a terrenos conocidos. Me desplazo por la terminal del anhelo y tomo el expreso transatemporal con destino al génesis de mi felicidad. Como ya soy un anciano, pronto espero que pueda convencer al dueño de la estación de que me deje adquirir un billete que sea solo de ida.

Hace mucho tiempo, no me acuerdo bien del año, pero sí me acuerdo que ya estaba trabajando, lo cual significa que era mayor de edad, mi abuelo me contó una increíble historia acerca de su padre. Resulta que después de la Segunda Guerra Mundial, mi bisabuelo fue capturado por los rusos y llevado a la madre patria como prisionero, donde estuvo cautivo durante un buen tiempo. No se sabe cómo, pero mi bisabuelo logró escapar de aquel infierno y regresó hasta Rumanía como pudo, evitando los grandes poblados e intentando pasar desapercibido hasta llegar a su hogar. Aquella travesía tuvo que durar muchos días, si tenemos en cuenta que atravesó casi dos mil kilómetros de distancia por terrenos traicioneros. Me contaba mi abuelo, que un día, de repente, así de la nada, mi bisabuelo apareció en la casa como el que regresa de la tienda de la esquina, y todos se alegraron de aquello.

He preguntado acerca de este increíble suceso a varios familiares, pero al parecer nadie había escuchado la historia de aquel periplo, o sí lo hicieron, pero la habían olvidado. Parecía que los únicos que mantenían vivo aquel recuerdo éramos mi abuelo y yo, dado que me hizo conocedor de ella. Pero él murió hace muchísimos años, y ahora casi con total seguridad, aquella experiencia por la que pasó mi bisabuelo tan solo vive en mí, y en nadie más. He

de confesar que mi mayor miedo no es la muerte, sino caer en el olvido. Por eso decido contar la siguiente historia que me ocurrió a mí siendo un niño. Tal vez, si dejo constancia de ella por escrito no caerá en el olvido, pues, aunque ame mucho a mis hijos y a mis nietos, no puedo asegurar que ellos no vayan a olvidarla si se la cuento con la esperanza de que perdure en el tiempo. No me quiero adelantar a los acontecimientos, pues me gustaría contar lo que pasó con todo lujo de detalles. Y espero que, si me excedo en algunas partes, aquel que vaya a leer estas líneas sepa tener paciencia.

Mi primer recuerdo es muy peculiar y rodeado de un halo de misterio. Lo más lejos que puedo viajar en mi memoria es a una noche en la cual fui llevado en brazos por mi madre, atravesando el portón del patio, para dirigirnos hacia los hombres que estaban construyendo nuestra casa. Me acuerdo perfectamente que era de noche, y en las cercanías de los cimientos del hogar donde los hombres trabajaban arduamente había una especie de faro de luz con un cable largo que estaba colgando e iluminaba el sitio donde los albañiles construían la vivienda. Este es mi primer recuerdo, pero lo que lo hace tan peculiar y misterioso, como dije en anteriores líneas, es que yo nací mucho después de que aquella casa se construyera. ¿Por qué, y cómo, tengo esa imagen en mi memoria entonces? Es algo que nunca podré explicarme, pero mi familia me aseguró que dicho recuerdo era imposible.

Después de estas imágenes, otras que circulan por mi memoria son de cuando era empujado en aquel carrito bastante austero que mis padres se permitían dado los escasos recursos económicos que teníamos, y mi etapa en la guardería. Así, sucesivamente, mi mente se iba estimulando según conocía más y más el mundo que estaba descubriendo. Y por muy extraño que parezca, escribir estas líneas me ayuda a recordar más detalles que estaban aletargados en algún lugar de mi interior.

Uno de esos detalles que están floreciendo dentro de mí en este momento, y que guarda estrecha relación con la historia que

me dispondré a contar, es el primer día que vi a mis amigos, el día que mi vida social dio comienzo, por decirlo de alguna manera. Nuestro barrio, al que llamábamos «colonia», se encontraba apartado del centro del pueblo, y estaba compuesto por casas de planta baja, cada una con su huerto delantero y un patio trasero donde la gente tenía sus cerdos, gallinas, y el cobertizo para la leña. En la parte trasera era donde las familias hacían vida, como es de entender, aunque con el paso de los años ya nadie criaba animales. La única calle que había en nuestra colonia tenía forma de cruz, y dos partes de esa cruz —los palos transversales— eran calles cortadas, por lo que solo se podía cruzar nuestra colonia por la vía central. Su superficie no era de asfalto, tampoco de tierra: a nuestra calle la conformaban adoquines centenarios por los que caminaron varias generaciones. En el año 2016, la calle fue asfaltada por completo y con ello también desapareció la magia que transmitía con cada pisada. En su parte superior, pues la vía estaba en una pendiente, era donde nunca iba a jugar, pues más allá de ese punto estaban los campos, el cementerio, y todo un mundo por descubrir. Pero un día lo hice.

Subí la calle y me encontré con muchachos a los que no había visto jamás. Eran niños desconocidos, aunque vivían a cien metros de mi casa. Para mí fue como descubrir una tribu de otra raza diferente. No obstante, recuerdo muy bien que no me trataron como a un recién llegado, ni yo a ellos como a unos extraños. Por alguna razón, hablábamos como si ya nos conociéramos, y nos encaminamos hacia una pradera cercana a nuestras casas donde los mayores solían jugar a la pelota. De entre ese grupo de niños que iban a mi lado, nunca pensé que uno de ellos llegaría a ser mi mejor amigo, al cual todavía hoy, a mis setenta y cinco años de edad, sigo considerando mi hermano.

Los días se sucedían con normalidad y para mí se había vuelto una costumbre ir a lo alto de la colonia para encontrarme con mis amigos. Aunque nos veíamos todos juntos, yo solo llamaba a mi mejor amigo, con quien conecté desde el primer día y quien parecía

ser el espejo de mis ilusiones. Me levantaba temprano por la mañana, junto con el sol, y salía de casa a hurtadillas sin ni siquiera desayunar. Iba derecho a la casa de Emanuel Rugea, mi mejor amigo, o Ema, como le decíamos todos. Me colocaba delante de la puerta de su patio, y ahí, a las siete de la mañana, mientras el gallo todavía daba la bienvenida a la nueva jornada, yo me disponía a gritar su nombre para que saliera de la casa. No voy a omitir el hecho de que en más de una ocasión un viejo de entre los vecinos se asomaba para hacerme callar y a punto estuve de recibir una paliza o por lo menos una bofetada que me cerrara la boca. Pero mi amigo atendía mi llamada siempre, nunca me decepcionaba. Salía de la casa y ahí afuera decidíamos dónde iríamos, qué aventura llevaríamos a cabo. ¿Ir a por castañas? Lo hacíamos si era la temporada. ¿Construir un refugio en los árboles? Lo hacíamos si el anterior hubiera sido destruido por alguien. ¿Bañarnos en el río Tasca? No lo dudábamos si hacía calor. Podría enumerar mil planes más, pero creo que me han entendido.

Así daban comienzo mis días de verano, y conforme las horas pasaban, nos íbamos juntando más niños en la vereda o en los campos. Pero mi principal compañero siempre fue mi querido Ema. Nunca nos separábamos, desde el alba hasta el ocaso, literalmente, pasábamos el día juntos. Nuestros padres nos regañaban, pues no aparecíamos por casa en ningún momento. Y hacer que regresáramos a ella cuando caía la noche era una ardua tarea. Mientras estábamos fuera charlando y haciendo cosas propias de unos niños, nuestras familias nos solían llamar por nuestro nombre cuando empezaba a anochecer. Lo hacían desde el patio de la casa, aunque estuviera a bastante distancia. Oíamos la llamada, que nunca cesaba hasta que no respondíamos, de igual modo, a gritos. Las burlas se las llevaba siempre el niño al que llamaban primero, pues solíamos reírnos de él por irse a dormir junto a las gallinas, cuando todavía había luz en el cielo. Y si alguna madre o abuela aparecía buscando a su niño, aquello se consideraba una vergüenza de

proporciones gigantescas, más todavía si la chica que nos gustaba se encontraba presente.

Se preguntarán cómo podíamos estar mi amigo y yo tantas horas fuera de casa, pero es que nos encantaba. Sabíamos cuidarnos muy bien mutuamente, y teníamos nuestras necesidades bien cubiertas. Sin dificultades hacíamos fogatas, un refugio, y nos procurábamos alimento cuando íbamos a robar manzanas, cerezas, o uvas de las tierras que había en el valle sureste de nuestra colonia. Si los dueños nos llegasen a coger con las manos en la masa, nos hubiéramos metido en un buen lío, pero a nosotros dos nunca nos pasó. No éramos los más listos, pero quizás sí los más astutos. Con nuestras necesidades bien cubiertas, en ningún momento nos proponíamos regresar a casa. No habíamos empezado ni siquiera la escuela, y nosotros dos ya nos aventurábamos a viajar a kilómetros de casa a través de campo abierto, y ahora que lo pienso, fuimos bastante imprudentes. Pero nunca pasó nada fuera de lo común, y en nuestras expediciones para descubrir el mundo tan solo nos asustamos una vez cuando quisimos escalar una montaña bastante inclinada y mi amigo resbaló quedando colgado de una roca. Se asustó bastante y el pánico nos hizo prisioneros. Pero nada malo nos podría pasar, pues como dije antes, nos teníamos el uno al otro. Yo descendí suavemente y con cuidado agarré su mano para acercarle hasta mi posición y que pudiera pisar suelo firme.

Después de una jornada de aventuras, al regresar a nuestra colonia por la tarde, era cuando normalmente nos veíamos con nuestros otros amigos, pues ellos no siempre estaban dispuestos a recorrer grandes distancias como nosotros dos y a vivir sus días con el mismo entusiasmo que Ema y yo teníamos en nuestros corazones. Reunidos sobre la hierba o sentados en las grandes raíces de un castaño viejo que había en lo alto de la colonia y que sobresalían de la tierra como si fueran tentáculos de un monstruo marino, mi amigo y yo contábamos a los demás nuestras peripecias, lo que vimos, los sitios que descubrimos. Eso sí, nunca compartíamos con ellos la valiosa información de la localización de nuevos árboles

frutales que descubríamos, donde los manjares eran gigantes y carnosos, y lo mismo acerca de los viñedos que en otoño irían a tornarse morados. Como era costumbre, siempre traíamos en nuestros bolsillos pruebas que demostraban la veracidad de nuestros relatos, y nuestros amigos se morían de envidia al ver aquellos hermosos frutos que sacábamos a relucir como quien exhibe ante el público un tesoro encontrado en alguna isla remota del Pacífico.

Los escasos recursos económicos y materiales que mi familia tenía a veces nos limitaban en ciertos aspectos. No obstante, nunca nos faltó la comida en la mesa, la ropa que abrigara nuestras espaldas, ni el techo que nos protegiera de la lluvia. En cuanto a la higiene se refiere, nos tocaba bañarnos el día sábado. Desconozco la razón, pero parecía que el día sábado era el más indicado. Quizás por ser el único día libre de la semana que los adultos tenían para limpiarse y llegar impolutos al séptimo día sagrado en el que la gente iba a la iglesia y había que vestirse elegante. La bañera se llenaba y por la misma agua pasaban todos. Cuando llegaba el turno del último miembro de la familia, lo que había en aquella bañera era lo más parecido a un charco en un camino de barro después de un día de lluvia. Yo, siendo un niño travieso y libre, siempre iba a mi bola y desde que abandonaba la casa por la mañana al abrir los ojos, me quedaba en los bosques, prados, o trepando a un árbol, hasta que la noche caía. Incluso entonces me costaba regresar a casa, y tenían que venir a por mí regañándome, con mi pijama en su mano derecha y un pan con mantequilla en la otra, pues como decía, no iba a casa para nada, ni siquiera para comer. Siempre hacía oídos sordos cuando gritaban mi nombre para que regresase. ¡Qué vergüenza pasaba entonces!

Pero así son las cosas, que el día sábado, día en el que tocaba bañarse, yo sí regresaba corriendo a casa para ser el primero en meterse dentro de la bañera y limpiarme con agua cristalina, no hacía falta que nadie viniera a buscarme. Y no piensen que nuestro baño era avanzado. No girábamos del grifo y el agua caliente

salía por arte de magia. En casa de mi padre ni siquiera teníamos cuarto de baño, y donde solíamos ir a bañarnos era en la casa de mi abuela materna, que se encontraba en la misma colonia, en la que también pasé gran parte de mi infancia. Lo que teníamos allí era una caldera que había que alimentar con leña para que calentara el agua que llenaría la bañera. Un proceso bastante precario, como ven. Yo me bañaba tranquilamente en el agua limpia que ya estaba preparada para mi llegada. Después salía del baño con mi albornoz y me tiraba a la cama viendo en nuestra vieja televisión a la Familia Adams, mientras mi abuela me traía alguna bollería que siempre tenía costumbre de preparar los sábados. Disfrutaba aquel momento, y ya sobre las siete de la tarde, todavía me daba tiempo salir y reencontrarme con mis amigos para seguir jugando. Regresaba con ellos sintiéndome elegante y como si volviera de una boda, o me fuera a una.

Cuando el sol se ocultaba y la noche hacía acto de presencia, era el momento ideal para jugar a las escondidas, mi juego preferido. Entre todos nosotros había una ley natural adaptada a la modernidad, e impuesta por nuestros padres. Dicha ley consistía en que si las farolas de la calle se encendían, era hora de regresar a casa. Pero normalmente eso ocurría cuando el sol no hacía más que ponerse, así que nuestros padres solían ser comprensivos muchas veces y nos dejaban jugar, máxime tratándose de las vacaciones de verano. Claro que, nosotros no teníamos un parque de juego, y los sitios que usábamos para ocultarnos al jugar a las escondidas además de los campos silvestres, eran, aunque suene siniestro, las tumbas del cementerio protestante que estaba al lado de nuestra colonia. Nos daba bastante igual que a dos metros bajo tierra estuviera el cuerpo de un ser humano, a nosotros nos importaba más que nuestros amigos no nos encontrarán. Varias fueron las ocasiones en las que, desde lejos, veíamos cómo se celebraba un funeral y escuchábamos la música que la fanfarria solía tocar, mientras nosotros jugábamos y nos reíamos a menos de cincuenta metros. Aquella melodía resonaba como el eco de un llanto repleto de arrepentimiento, y

aún hoy, en ocasiones, mi oído la capta cuando estoy sentado en el porche fumando mi pipa. Me intereso por el fallecido cuando la melodía acaricia mis oídos, pero mis vecinos siempre me indican que debo estar equivocado, pues la fanfarria hace muchos años que se ha retirado del proceso funerario porque los músicos han envejecido y nadie ha tomado la antorcha para seguir el camino.

El cementerio no tenía vallado, e incluso era transitado por muchas personas para llegar antes a sus casas. Se trataba de un cementerio muy antiguo, con tumbas que entonces, cuando yo era un niño, ya tenían casi cien años de edad. Hoy, el emplazamiento ha sido engullido por la vegetación y pocas veces es ocupado por alguien nuevo que ha dejado de necesitar el envoltorio de carne y hueso.

Jugando a las escondidas, cada uno de nosotros tenía un sitio preestablecido donde se escondía, y nunca se revelaba semejante información privada a nadie. Alguna vez, había un gracioso que se marchaba a su casa, y al que le tocaba buscar mientras jugábamos a las escondidas, desconociendo aquello, caminaba el cementerio entero a oscuras buscándole, tirando piedras a los arbustos para que el muchacho saliera, pero él se encontraba en su casa descansando plácidamente. Llegado el momento y habiéndonos reído lo suficiente, le confesábamos la verdad. En dichos momentos era cuando se inventaban leyendas o cuentos para asustar a nuestros amigos. En las noches de verano cuando jugábamos por el cementerio, asegurábamos haber visto espectros, luces, o las piernas sueltas de un ser humano que deambulaba por aquella arcaica necrópolis. Así terminaba un día de verano normalmente cuando éramos niños. Echo mucho de menos aquella vida...

Capítulo II: Costumbres infantiles

Aunque pasaba la mayor parte del tiempo junto a Ema, también tenía otros amigos. En la colonia solíamos ser casi veinte muchachos, pero algunos ya nos sacaban bastantes años y no solíamos pasar tiempo unidos. Aun así, junto a Ema y a mí, solían acompañarnos en muchas ocasiones otros niños de nuestra edad, más o menos. Con quien congenié bastante fue con Caterina Sinea, una hija única de entre los vecinos con la que pasaba bastante tiempo. Yo por aquel entonces ya estaba empezando a sentir algo parecido al amor con las niñas, pero la verdad es que, con Caterina, jamás tuve semejantes sentimientos. Es curioso, pero muchas veces nos solemos enamorar de alguien que no está a nuestro alcance, aunque delante de nosotros tengamos a una persona más accesible y dispuesta a amarnos si confesáramos nuestros sentimientos. Sea como fuere, nuestra relación se basaba en jugar juntos y pasear en nuestras bicicletas. Con el paso del tiempo, ella jugaba más con las niñas que conmigo, pero nunca me molestó, y era porque se trataba de un comportamiento natural.

Con Caterina tenía que jugar siempre a solas, más que nada, porque no solía alejarse tanto de su casa como yo tenía la costumbre de hacerlo. La chica que sí lo hacía era Natalia Banea. Ella solía acompañarnos muchas veces a lejanos lugares donde íbamos para explorar o comer fruta. Natalia provenía de una familia bastante desestructurada, y siempre que comparaba mi familia con la suya, me sentía afortunado por lo que tenía. Tanto a mis amigos como a mí, nuestros padres nos solían reñir por juntarnos con ella

o con sus hermanas, pues nos llegaban a decir cosas horrendas acerca de ellas y su modo de vida, incluso nos prohibieron que siguiéramos viéndolas. Nos contaban cosas tales como que eran unas pordioseras, tenían piojos, o eran unas desvergonzadas. Y lo cierto es que, en más de una ocasión tuvieron que limpiarnos las cabezas con gasolina para matar los piojos que se habían afincado en nuestras cabezas. Pero a tu hijo no le puedes decir que no vaya a jugar con un niño o niña en concreto, porque además de no escuchar tus prohibiciones, seguirá haciéndolo más si se lo impides. Mis padres nunca supieron que junto a mis amigos iba a casa de Natalia muy a menudo, y nos divertíamos junto a sus hermanas o a solas, utilizando su cobertizo para la leña como el piso franco de unos criminales. Cualquiera de nosotros pasaba para adentro de su patio y nunca nadie se daba cuenta. Tal era la despreocupación de aquella familia. Quizás, pueda ser porque el padre de las niñas había fallecido hace mucho tiempo, y en aquel lugar nunca hubo una autoridad masculina.

Si conociendo estas cosas en aquel tiempo, mis padres se habrían llevado las manos a la cabeza, qué decir tiene si menciono que Natalia fue mi primera novia. Y es que todo ocurrió de manera tan graciosa, que incluso hoy me río al recordarlo. Mientras caminaba a solas con ella, quien, por cierto, era tres años mayor que yo, Natalia me contaba los problemas que tenía con su novio y lo negligente que era él en cuanto al amor. Yo, todo un galán, me vanagloriaba y le aseguraba que yo sí sabía tratar bien a una mujer. No sé cómo había pasado, pero a las pocas horas, una amiga común vino a buscarme, haciendo de intermediaria, para comunicarme el deseo de Natalia de que fuéramos novios. Es la primera y única vez que conquisté a una mujer mediante un intermediario. Nunca llegué a besar a Natalia, pero por un acuerdo verbal, éramos novios. Tal fue aquel fugaz romance, que ni siquiera me acuerdo cómo terminó.

Uno de los refugios principales que habíamos construido era en el interior de unos arbustos de avellano cercano a la vereda de la

colonia. Rompimos muchas ramas que conformaban aquellos arbustos y en el interior se creaba un habitáculo que preparamos minuciosamente para que pareciese una sala de reuniones. El asiento más cómodo y por el que todos se peleaban era la raíz gruesa que salía del suelo y tenía una forma idónea para posar nuestros traseros. Un día, mientras me encontraba en su interior junto a mi amigo Ema, este me preguntó una cosa:

—Rudy está fuera, pregunta si puede pasar para adentro.

—¿Quién es Rudy? —me acuerdo que le respondí.

— Es mi vecino. Dice que si le dejamos entrar nos dará un coche de juguete a cada uno.

—¿Como los que tiene Álex?

Álex era un chico mayor que no solía venir mucho con nosotros y que no forma parte de esta historia.

— Sí, es más, los coches que trae Rudy una vez fueron de Alex.

—De acuerdo, dile que pase.

—Pero te aviso de una cosa. Cuando te dé uno de los coches, ábrelo para asegurarte de que está limpio. Alex tiene la manía de guardar en su interior granos de alubias cocidas o dientes de ajo.

Aquello me dio bastante asco, y hasta me cuestioné si aceptar o no el regalo de aquel niño. Así que Rudy entró y se reunió con nosotros, y de este modo, después de algún tiempo, se juntaba muy a menudo con Ema y conmigo. Y sí, el coche que me regaló venía con la sorpresa de la alubia oculta, e incluso tuve que dejarlo dos días en remojo para que perdiera la peste. A diferencia de nosotros dos, Rudy no era rumano castizo, pues su familia era de origen húngaro, y entre ellos solían hablar en dicho idioma en muchas ocasiones. Incluso su nombre completo lo era: Rudolph Király. No obstante, se relacionaba bastante bien con nosotros, y era de los pocos que llegó a acompañarnos en lejanas aventuras por los valles cercanos de la colonia. Todavía sigo pensando que, si sus padres no hubieran sido tan calculadores, Rudy habría sido tan cercano a mí como lo fue Ema, y nuestra amistad no se habría marchitado con el paso de los años. En más de una ocasión íbamos a llamarle

a su puerta para que viniera con nosotros y su padre no le daba permiso. Supongo, que era la razón por la que a Rudy le gustaban tanto los dibujos animados o las películas de fantasía, pues le proporcionaban una libertad que sus padres le negaban. Lo que me hace pensar lo afortunados que fuimos Ema y yo al tener unos padres más permisivos. Pues la libertad de la que disfrutamos siendo niños nos sirvió para formarnos como adultos y descubrir el mundo por nosotros mismos. Nunca tomamos el mal camino, siempre supimos lo que era correcto. Mucha autoridad en la vida de un niño puede hacer que se encierre en sí mismo y llegada su etapa adulta, sea imposible hacerle salir de la burbuja que él mismo creó a su alrededor por culpa de otros. ¿Se acuerdan cuando les dije que el niño al que llamaban primero a casa al anochecer era el que más burlas recibía? Rudy era ese niño, y me apena que fuera así.

Los días pasaban, las semanas y los meses también. Como nuestra colonia estaba apartada del centro del pueblo nunca íbamos allí salvo para cumplir con nuestra obligación escolar. Nuestra colonia, su pradera, y el valle contiguo que se extendía hasta el horizonte sureste eran suficientes para nosotros. Mi vida era alegre y no recuerdo un solo día en el que sintiera una tristeza que no se disipara una vez me reunía con mi mejor amigo en los campos de nuestra infancia. Teníamos el mundo a nuestra merced y nada de lo que nos proponíamos parecía imposible. Y así fui creciendo lentamente en lo que para mí era el centro del mundo, hasta que a los pocos años, cuando cursaba ya cuarto de Primaria, a mis once años de edad, en el verano de 1996 ocurrió un hecho que cambió mi vida para siempre.